

tiana. Pudiera recorrer todos los estados despues de haber considerado las diferentes situaciones del hombre, y probaros que el pecador, baxo el peso de sus costumbres y sus cadenas; que el pobre en la extremidad de su indigencia y su miseria; el justo á la vista de sus fragilidades y flaquezas; y el christiano sumergido en las afficciones y trabajos; ya no tienen que temer, porque la resurreccion de Jesu-Christo ofrece á todos consuelos y recursos inagotables; pero lo dexo, hermanos míos, para que cada uno de vosotros, segun vuestro fervor y necesidades, entre á penetrar y meditar el espíritu de este misterio. Entónces os oirémos clamar desde el interior de vuestro corazón con el Profeta: alma mia, bendecid al Señor, publicad sus maravillas, decid á todos los que temen que está lleno de clemencia y de bondad. Su misericordia y su atencion no se limitan á algunos favores pasajeros, á algunas ventajas temporales. El es el Dios de la eternidad, y su misericordia tendrá tanta duracion como él mismo.

Señor Jesus, haced que despues de esta solemnidad podamos cantar este

cantico con la misma confianza. En estos dias en que los pecadores hacen algunos esfuerzos, podemos esperar alguna cosa, y prometernos su reconciliacion, y su conversion. Dios mio, que no salgan vanas nuestras esperanzas. Sed para ellos el Dios de las misericordias, asegura sus pasos en los caminos de la salud: que canten ahora con los justos el cántico de su resurreccion y su libertad, y que consigan continuarle en la eterna bienaventuranza. Así sea.

DOMINGO

DE QUASIMODO.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN JUAN,

cap. 5. v. 4. 10.

Amados míos: Todo lo que nace de Dios, vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nues-

tra fé. *Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Este es Jesus-Christo, que vino por agua, y por sangre: no por agua tan solamente, sino por agua, y sangre. Y el espíritu es el que dá testimonio, que Christo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una misma cosa. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios: pues este es el testimonio de Dios, que es el mayor, porque él ha testificado de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios. El que no cree al Hijo, le hace mentiroso: porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo.*

INSTRUCCION.

El Apóstol San Juan, hermanos míos, en la Epístola que acabáis de oír, recoge en muy pocas palabras todo el fruto de los misterios que hemos celebrado, y aplicándolas la Iglesia á la solemnidad del día, quiere enseñarnos á indagar de quien proviene nuestra victoria, y por qué medios podemos asegurar sus frutos. En efecto, ¿de qué nos serviría haber cantado con alegría los triunfos de nuestro Xefe, y los derechos que adquirimos por su victoria, si olvidando todas nuestras prerogativas, vivimos siempre en la esclavitud de Satanás, y bajo la ley del pecado? Esta desgracia, mis hermanos, es ciertamente muy deplorable, pero tambien demasiado comun. ¿Quántas bocas se han abierto en estas Pascuas para cantar con la Iglesia, este es el día del Señor, que sin embargo subsisten en los mismos pecados, en las mismas costumbres, y en las mismas cadenas que forman sus pasiones?

Voy, pues, á enseñaros los obstáculos que hay para la libertad, y lo que podéis hacer para preservaros de los lazos del demonio; y para ello me valdré de las palabras de nuestra Epístola.

Amados míos, todo lo que nace de Dios vence al mundo. Para entender bien la razon con que la Iglesia aplica estas palabras á la solemnidad del día, es preciso recordaros que el Sacramento del Bautismo se administraba solemnemente en la Pascua en los primeros tiempos del Christianismo: que toda la octava de esta grande fiesta estaba consagrada á instruir y afirmar á los neófitos en la fé que habian recibido: que el día último se destinaba enteramente á fortalecerlos y darlos auxilios contra los peligros que les rodeaban, y despojándolos entónces de la túnica blanca que les habian puesto al acabar de bautizarlos, se les exhortaba á que conservasen su inocencia para presentar esta túnica preciosa en el tribunal de Jesu-Christo. Por tanto dirige la Iglesia á los Christianos recién bautizados estas palabras: todo lo que nace de Dios vence al mundo; pero su sentido todavía es de mayor extension, porque ha-

biendo nacido todo Christiano de Dios, tiene un derecho á su victoria: si le vencen, es porque no ha hecho uso de las armas que se han puesto entre sus manos. El Apóstol no pretende por esto que sean invencibles los que una vez han sido revestidos de la brillante qualidad de hijos de Dios. Esto se consigue con una fé constante, y así prosigue. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé. Sí, la fé es el arma con que podemos arrostrar todos los peligros; pero cuidado no demos en el escollo de la presuncion. Nuestras caidas continuas, los desórdenes que nos cercan, el escándalo que recibimos de las faltas que cometen muchos á quienes teniamos por impecables, nos enseñan á temer siempre, y á no confiarnos ni en nuestras propias fuerzas, ni el título de hijos de Dios, porque este título mismo puede servir para nuestra condenacion si abusamos de él; pero sin embargo no es un título vano: sus derechos son positivos, y el Apóstol quiere que los conozcamos para reanimar nuestro valor; mostrándonos al mundo vencido por la fé con todos sus atractivos, deleytes y peligros.

Apliquemos en efecto esta verdad á las tentaciones mas violentas, y veremos como extiende la fé su imperio sobre lo que tiene mas halagüeño la naturaleza. No juzguemos de la fé por la cobardía, y flaqueza de la mayor parte de los Christianos, á quienes la menor tentacion saca de su quicio, que se abaten á la menor tribulacion, que se dexan seducir por el menor atractivo, y que se ven presos, y cautivados por la satisfaccion mas escasa. Estos Christianos, ó no tienen fé, ó no hacen uso de las armas que la fé pone en sus manos. Juzguemos de la fé por los prodigios que ha obrado en otro tiempo. Por la fé, dice el Apóstol, los Santos del Antiguo Testamento han vencido los reynos, han obrado la justicia, han conseguido las recompensas eternas. ¿Pero por qué causa esta fé tan victoriosa en aquellos dias en que no presentaba sino figuras y sombras, ha de conseguir ménos victorias en estos tiempos en que ha llegado á tocar la realidad? Esta fé que obra por la caridad es la que hacia preguntar á San Pablo, si habia alguna cosa que pudiese separar á un Christiano del amor y la fide-

dad que debe á su Dios. No el hambre, es decir, la escasez, la miseria, la pérdida de los bienes de este mundo, ó la dureza de aquellos de quienes se pueden esperar. Un Christiano que vive de la fé, no pide sino lo necesario, trabaja para procurárselo, solicita humildemente lo que le falta, lo espera lleno de confianza de la mano de Dios, se contenta con lo poco que le concede, no desea mas de lo que se le da, y se promete otra vida donde los bienes del siglo presente se contarán por nada, porque gozará de otros mayores y verdaderos. Este pensamiento es muy poderoso para que triunfe de una de las mas grandes tentaciones del mundo.

Consideremos á este mismo Christiano hecho el blanco de la calumnia, expuesto á la envidia, víctima de la perfidia, y entregado, en una palabra, á la malicia de los malos. La fé le dice con Tertuliano, que esta malicia misma es una leccion que Dios le da; que Jesu-Christo, su Xefe, ha experimentado quanto ella puede dar de sí, y la ha vencido: que la dulzura, la paciencia y la paz son armas mucho

mas poderosas, porque con ellas se destruye al enemigo, y se asegura una perfecta victoria. Pero ya que se pueden vencer estos enemigos, ¿podrá el mundo atraer con sus caricias y deleytes al que ha tenido valor para resistir sus desgracias? No, hermanos míos: la fé le enseñará que aquel que se queda de los hombres, dexa de ser servidor de Jesu-Christo: que los que quieren ser ricos estan expuestos á caer en una multitud de deseos perjudiciales á la salvacion: que la elevacion y la grandeza son en sí mismas muy peligrosas: que los poderosos, y los que estan constituidos en mayores dignidades, serán mas poderosamente atormentados. Estas reflexiones le inspirarán el desprecio de las riquezas, el amor de la medianía, y le harán superior á todos los placeres y atractivos del siglo.

Estos son, hermanos míos, los efectos que produce la fé. El Apóstol, para que los Christianos no se engañen y tomen una cosa por otra, les hace una descripcion exácta de los objetos que nos propone esta fé para que arreglen sus costumbres á ella. ¿Quién es en efecto el victorioso del mundo sino

aquel que cree que Jesu-Christo es el Hijo de Dios? Este es el único é invencible modo de triunfar; pero si solamente se cree en espíritu sin someter el corazon á las verdades de la fé; si solo se profesan los dogmas con la boca, y nunca se atestiguan con las acciones, ¿qué recursos podemos prometernos en esta fé, que si acaso inspira el temor, destruye por otra parte el amor y la confianza? La fé victoriosa del mundo es la que cree que Jesu-Christo es el Hijo de Dios, y Dios como él. En esta qualidad es el objeto de nuestras adoraciones, de nuestros respetos, de nuestra docilidad y nuestra imitacion, y por consequencia nos dirige á meditar sus máximas y á practicar su ley. Creer en Jesu-Christo es creer todos los misterios de su vida. Creer, como dice el Apóstol, que ha venido por agua y por sangre; esto es, por el agua que nos santifica, por la sangre que nos purifica, y por el agua del Bautismo que quita las menores manchas del pecado; pero que no las borra enteramente sino en virtud del Bautismo de dolor que quiso probar por la efusion de su sangre. Tres son, di-

ce el Apóstol, los que dan testimonio en el cielo de que Christo es la verdad. El Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y tres son tambien los que dan testimonio en el Bautismo. El espíritu, y el agua y la sangre, y estos tres son una misma cosa. Así miéntras que el Padre en el cielo da testimonio al Verbo, llamándole su Hijo muy amado, en el Bautismo por los méritos de este Hijo nos hace los hijos de adopcion y el objeto de sus delicias. Este es el testimonio que nos da el Padre por el agua del Bautismo; regenerarnos, ó por mejor decir, engendrarnos de nuevo. El Hijo en el cielo da testimonio á su Padre por su obediencia, como Hombre y como Dios, llevando consigo su palabra, manifestando su verdad y comunicando su santidad; pero por la sangre nos da un nuevo testimonio; y habiéndose dignado aplicarla á la satisfaccion de nuestros pecados, nos prueba que somos los objetos de su misericordia, sus hermanos segun el espíritu, y los coherederos de su Reyno. En fin el Espíritu Santo da testimonio á las otras dos personas, y recibe de ellas un testimonio mutuo por la union in-

disoluble que los une. Este espíritu en el Bautismo nos une tambien á la Santa Trinidad de la manera mas íntima: derrama en nosotros su unción: imprime en nuestros corazones un carácter indeleble; y si la fragilidad de nuestra naturaleza no nos hace impecables, hace á lo ménos que este carácter del Bautismo subsista en nosotros aun quando perdamos la gracia por el pecado.

Escuchemos, hermanos míos, este triple testimonio que nos da un Dios tres veces santo, y respondamos por él de nuestras obras. Honremos al Padre amando la justicia, socorriendo al pobre, consolando al triste y aliviando á todos los infelices: honremos al Hijo amando la verdad, respetando la palabra santa, haciendo dignas penitencias y adorando con humilde resignacion la cruz que la Providencia nos ofrece: honremos al Espíritu Santo por una pureza inviolable, por una caridad ardiente, por una vigilancia perfecta sobre nosotros mismos: temamos que la voz de nuestras pasiones no se levante para interrumpir este testimonio: huyamos del mundo donde casi siempre se le contradice; y si

nos vemos precisados por motivos legítimos á vivir en él, acostumbremos á no avergonzarnos del testimonio que exige de nosotros la Trinidad Santa, y procuremos contradecir el que da la carne y la sangre.

Dios, que sabeis hacer eloqüentes aun las lenguas de los niños, no permitais que nos avergoncemos de hablar el language de la Religion y de la virtud. Todo Christiano es soldado, y baxo de este respeto tiene obligacion de resistir y de combatir. El espíritu de la mentira se levanta por todas partes: la verdad se debilita y se pierde entre los hijos de los hombres. Haced, Señor, que no llegue á extinguirse en nuestros corazones: haced que nos instruya, que nos anime, que nos dé un testimonio para sostenernos en nuestras obligaciones, y que nos merezca el que nos dareis en el día de vuestra misericordia. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 20. v. 19. 31.

En aquel tiempo: Como fué la tarde de aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los Judíos: vino Jesus, y se puso en medio, y les dixo: Paz á vosotros. Y quando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos, viendo al Señor. Y otra vez les dixo: Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío. Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dixo: Recibid el Espíritu Santo: A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son: y á los que se los retuviereis, les son retenidos. Pero Thomás uno de los doce, que se llamaba Didymo, no estaba con ellos quando vino Jesus. Y los otros discípulos le dixéron: Hemos visto al Señor. Mas él les dixo: Si no

viere en sus manos la hendidura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré. Y al cabo de ocho dias, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Thomás con ellos: vino Jesus cerradas las puertas, y se puso en medio, y dixo: Paz á vosotros. Y despues dixo á Thomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Thomás, y le dixo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dixo: Porque me has visto, Thomás, has creído: Bienaventurados los que no viéron, y creyéron. Otros muchos milagros hizo tambien Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos han sido escritos, para que creais que Jesus es el Christo, el Hijo de Dios: y para que creyendo, tengais vida en su nombre.

INSTRUCCION.

¡Qué afliccion para los discípulos de Jesu-Christo, hermanos mios, en el corto tiempo que estuviéron separados de su Divino Maestro! Acostumbrados á preguntarle en sus dudas, y á depositar en su seno sus inquietudes y sobresaltos, ¿quién podrá en adelante fixar su irresolucion, calmar sus temores, y disipar su ignorancia y sus tinieblas? Pero Dios mio, ya sé por vuestro Profeta que las perplexidades de vuestros Santos no serán eternas. Si vuestros Apóstoles están tímidos y desalentados con la ausencia que habeis hecho, ya en adelante os mostrareis para fortificarlos. La tarde del mismo dia de vuestra Resurreccion pareceréis en medio de ellos para desearles la paz, y asegurarles el cumplimiento del oráculo que salió de vuestra boca, y despues repetireis esta visita consoladora para sacar de sus incertidumbres á uno de vuestros discípulos.

La conducta que hoy observa Je-

su-Christo, hermanos míos, nos da á conocer de un modo muy interesante su atención y su cuidado en favor de los que le temen y le aman, la parte que toma en sus aflicciones y los medios que emplea para consolarlos. Siempre que nos vemos atribulados, y con trabajos, Jesu-Christo está en medio de nosotros. Felices si su presencia puede hacernos la misma impresión que hizo sobre los Apóstoles su aparición primera; es decir, felices si ella calma nuestras inquietudes, y si derrama la alegría en nuestras almas. Sigamos á Jesu-Christo en esta aparición, y encontraremos sin duda estas ventajas.

Es muy difícil, hermanos míos, adivinar cuáles fueron los diferentes pensamientos que agitáron á los Apóstoles. Desde la muerte de su Maestro se habían ocultado todos en un mismo lugar, por miedo de los Judíos enemigos de su doctrina esperando el cumplimiento de las promesas; pero si hemos de juzgar por su separación desde la prisión de Jesu-Christo, reconoceremos que no estaban persuadidos enteramente de una vuelta tan pronta como lo manifiesta la ausencia de Tomas, uno

de los doce. Es verdad que María, hermana de Lázaro, á quien el Señor se había dignado manifestarse junto al sepulcro, vino á dar nuevas á los discípulos de que le había visto; pero este testimonio no parece que les hizo impresión alguna, porque no cesaron sus temores, y así se hallaban encerrados todavía por miedo de los Judíos. ¿Pero qué tenían que temer de la sinagoga enemiga de Jesu-Christo? Ella le había ya inmolado á su envidia, y despreciaba el crédito de sus discípulos. Los Fariseos habían visto que aquellos doce pobres que seguían al Hombre Dios en los días de su misión, no habían tenido valor para acompañarle al suplicio, y que un Pueblo espectador de sus milagros y admirador de su moral, que le seguía de tropel en sus predicaciones, no se había presentado para defenderlo en su muerte. Considerad, hermanos míos, esta timidez de los Apóstoles; pero admirad por otra parte el poder de la gracia: ved con que facilidad la convierte en valor, y como en muy pocos años les asegura la conquista del mundo entero. Así pues en el momento mismo en que se entregan con

mas vehemencia á la perplexidad, y al desaliento es quando Jesus se puso en medio, y les dixo: paz á vosotros.

¡O, con cuánta razon les anunciaba pocos dias ántes que los trataria como amigos, que ya no les hablaría en parábolas, y que les descubriría misterios que estaban ocultos desde el origen del mundo! ¡O, cuánta luz y claridad encierran estas palabras! ¡La paz á vosotros! ¡O, qué bien explican el fruto de sus tormentos, el precio de su sacrificio y el efecto de su Resurreccion! Todo, ántes que la víctima adorable se inmolasse, estaba puesto en el mayor desórden y division, y todo ha sido pacificado con su sangre.

El hombre estaba en guerra con su Dios. El Señor en su ira, habia jurado que le quitaria de la haz de la tierra, y que en adelante le miraria con disgusto, porque se habia hecho carnal; pero Jesu-Christo repara esta imágen desfigurada por el pecado, lava con su sangre las iniquidades que habian excitado su venganza, comunica al hombre el espíritu que le vivifica, y finalmente le reconcilia con su Dios derramando su sangre.

El hombre estaba en guerra con el próximo. Apenas nace el mundo quando Cain desconoce la voz de la naturaleza y la sangre. Ya no se observaba ninguna de las obligaciones recíprocas que hacen la seguridad de los imperios y la felicidad de las familias. El interes y la pasion eran las leyes que estaban mas en boga, porque eran dictadas por una naturaleza corrompida. Jesu-Christo viene á establecer una moral enteramente nueva: viene á reformar la perversa mezcla que la corrupcion y el pecado han hecho en esta ley pura y sin mancha, que toma su origen de la misma santidad de un Dios. Jesu-Christo quiere enseñar al hombre la observancia de las obligaciones de la caridad practicándolas por sí mismo; y para que conozca que esta caridad no debe tener límites, sella con su propia sangre todas las verdades que ha enseñado, y asegura la paz á los que siguen su moral.

El hombre estaba en guerra consigo mismo; ¿pero cómo podria gustar la dulzura de paz, quando tenia á su Dios por enemigo? Esta era la causa de esas pasiones vergonzosas que deshonoraban

la humanidad, que conmovian la naturaleza entera, y de que el hombre mismo era el juguete, porque no tenia el medio de destruirlas y calmarlas: Jesu-Christo viene á enseñarle estos medios que son la vigilancia y la oracion. La vigilancia inspirada y sostenida por su gracia, restablecerá la calma donde reynaban los desórdenes, y disipará las inclinaciones mas viciosas. La sangre de Jesu-Christo, hermanos míos, es la que comunica estos efectos á la oracion y á la vigilancia, y restableciendo el órden turbado por el pecado, hace reynar en nosotros la justicia y la paz.

¿Y qué diremos de la guerra irconciliable que el infierno habia declarado al hombre casi desde el punto mismo de su creacion? ¡Qué vergonzosa y perjudicial fué esta guerra para nosotros, pues que en un solo combate perdimos todos nuestros derechos! Por ella nos hemos visto despojados del dominio que Dios nos habia dado sobre todas las criaturas. Por ella nos hemos visto excluidos de la heredad del Paraiso, y de las delicias que Dios mismo habia preparado con sus propias manos. Desde entónces perdimos el derecho á

la heredad celestial, de la qual solo era una figura el Paraiso. La mayor de nuestras desgracias era que habiéndose hecho el hombre esclavo, no se avergonzase de su esclavitud; y que reducido á ser el juguete de las pasiones mas vergonzosas y criminales, hiciese consistir en ellas toda su gloria; pero el Príncipe de la Paz ha venido á poner fin á esta batalla, y á decidir por nosotros la victoria. Armado con el madero de la cruz hace temblar al infierno, y derramando su sangre nos da la prenda de una paz, que en adelante no será turbada por todo el poder de Satanás.

Jesu-Christo reúne la idea de todas estas ventajas en esta sola palabra. La paz á vosotros; pero como esta paz que nos habia adquirido debia ser el fruto de su Resurreccion, y no podia estar bien asegurada, sino en tanto que la Resurreccion misma fuese incontestable; Jesu-Christo mostró á los Apóstoles las manos y el costado, á fin de que su fe todavía vacilante se afirmase con un testimonio tan palpable.

¡Cuál fué el gozo de los discípulos al ver á su Maestro despojado de su mortalidad, triunfante de sus enemigos,

y vencedor de la muerte! Pero esta aparicion no tenia solo por objeto justificarles la verdad de las promesas, disipar sus inquietudes, y enxugar sus lágrimas. Este era el momento que Jesu-Christo les habia anunciado quando les dixo, que los que creyesen en él obrarian milagros mucho mas maravillosos, que los que él mismo habia obrado. ¿Pero quáles podian ser estos prodigios? El habia dado vista á los ciegos y resucitado á los muertos; algunas veces habia curado tambien las llagas mas secretas del alma perdonando los pecados. Este prodigio habia sido obrado tan rara vez, que podia dudarse si era el principal objeto de su mision; pero hoy se le comunica á sus Apóstoles sin restriccion y sin límites. Como el Padre me envió, así tambien yo os envío; es decir, con aquella plenitud de poder que me ha sido dada en el cielo sobre la tierra y el infierno. Revestidos de mi autoridad podéis obrar los mismos prodigios. Dios en el cielo trocará á vuestra voz como á la mia su cólera en misericordia, sus castigos en recompensas. Sobre la tierra encontrareis conciencias teñidas con la sangre de sus

iniquidades; pero las volvereis semejantes á la nieve por la pureza, el resplandor, y la blancura que las comunicareis pronunciando sobre ellas una sentencia de absolucion y de gracias. Finalmente en el infierno mandareis en mi nombre, y sereis obedecidos como yo mismo. Arrancareis á la muerte sus víctimas, y ella cederá á vuestros esfuerzos. A esto se reduce el poder que me ha sido confiado, y estos son los límites del vuestro. Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos.

¿No reconoceis, hermanos míos, en estas palabras de Jesu-Christo la aplicacion de las que la Iglesia se sirve en estos dias para cantar el triunfo de su Esposo? Yo soy el primero y el último; el principio de donde viene todo poder, y el fin á donde se dirige. La muerte ha tendido sus lazos para sorprehenderme, y parecia que triunfaba de mi poder y de mi fuerza, porque quise someterme á sus leyes; pero al fin he querido servirme de su aguijon para aterrarla: he triunfado de la muerte por mi muerte misma: he dormi-

do algunos instantes baxo su sombra, pero inmediatamente me desperté para insultarla. Vivo, y mi vida no debe tener otro término que la eternidad. En fin tengo en mi poder las llaves de la muerte y del infierno.

El Evangelio no nos habla de la admiracion que causó á los Apóstoles el poder que se les confió de perdonar y retener los pecados; pero San Ambrosio, explicando este lugar, reconoce en el poder comunicado á los Apóstoles y sus sucesores, al hombre revestido del poder de Dios, y á Dios sujetándose de alguna manera á depender del hombre. En efecto la sentencia de Pedro precede en algun modo á la sentencia de Dios: los cielos se abren á la voz del Sacerdote, y Dios confia á las criaturas el exercicio de su justicia, de su poder y de su misericordia.

Hermanos míos; temblemos á la vista de tan alto ministerio, y olvidando por un momento las muchas funciones anexas al Sacerdocio, no consideremos hoy sino el poder que se nos ha dado de abrir y cerrar el abismo, de introducirnos al Santuario, ó suspen-

deros la entrada. Acordaos, hermanos míos, que por este ministerio se nos ha constituido por dispensadores de los misterios de Dios, y que en el desempeño de tan terribles obligaciones exigirá nuestra fidelidad con todo el rigor de su justicia. Pedid, pues, para nosotros, vuestro interes lo exige, el espíritu de discernimiento y de luz que distingue la lepra de la lepra, y que asegura su curacion; el espíritu de dulzura y de caridad que compadece las flaquezas del pecador, y que se dedica á curarlas; el espíritu de prudencia, de exáctitud y de firmeza que nunca anuncia la paz donde todavía reynan las pasiones y los desórdenes: pedid tambien para vosotros el espíritu de humildad y de sinceridad, que instruye, que da confianza, y que consuela nuestro ministerio.

Esta primera aparicion de Jesu-Christo no llena del todo sus miras, hermanos míos, porque el número de sus Apóstoles no estaba completo. Tomas, uno de los doce, que se llamaba Dídy mo, no estaba con ellos quando vino Jesus. El Evangelio no señala las causas de esta ausencia, ni Jesu-Christo le

hizo tampoco cargo por ella. Sin embargo todos los Padres de la Iglesia, que han querido sacar del Evangelio algun punto de moral y de instruccion, nos han hecho notar, que con ocasion de esta ausencia cayó en un pecado de infidelidad y de duda. Los otros Discípulos, que estaban satisfechos de lo que habian visto y oido, le dixéron llenos de alegría: hemos visto al Señor. Este no es el testimonio de una mujer como la Magdalena, á quien su amor llevó al sepulcro; sino el de todos los Discípulos que se conforman en atestiguar el mismo suceso. Ellos le cuentan las circunstancias de la aparicion: le indican la hora y el momento de ella: le repiten las palabras que les dixo: le hablan sobre todo de su atencion en mostrar las llagas que comprobaban su suplicio: la relacion de estas circunstancias es una misma sin variedad alguna; pero Tomás persiste en sus dudas, y así les dixo: si no viere en sus manos las hendiduras de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.

De donde proviene, hermanos míos,

esa conformidad de los Maestros de la vida espiritual en atribuir la incredulidad de Tomás á su ausencia? Ah! ellos saben lo poco que se gana en separarse de las asambleas de los fieles, y que el Christiano corre mucho riesgo quando se separa de los exercicios públicos de la religion: ellos han notado que la dureza de la mayor parte de los peccadores proviene del abandono ó del desprecio que hacen de las concurrencias christianas. ¿Quiénes son en efecto los que ordinariamente disputan y reducen á problemas las verdades mas demostradas del dogma y de la moral? Son aquellos que casi nunca parecen en nuestros Templos. Un Christiano que asiste con frecuencia á la oracion y á las instrucciones públicas, muy rara vez se entregará á discursos injuriosos á la Religion: no digo que siempre la respete en su conducta y en sus costumbres; pero á lo ménos observará mas miramiento en sus palabras, y su misma asistencia á los exercicios devotos le proporcionará mas precursos para convertirse. Tomás ha dudado, hermanos míos; pero no nos toca juzgar de la enormi-

dad de su falta : volvamos la atencion á Jesu-Christo , y consideremos quanto le interesa la salud de un hombre solo. Acordémonos que si verdaderamente somos de su grey , nunca debemos mostrarnos insensibles , quando está en peligro la salvacion de nuestros hermanos , y que tenemos bien poca caridad quando vemos sin emocion á tantos pecadores que corren tranquilos y seguros por los caminos de su desgracia. Jesu-Christo , que no perdió de vista la infidelidad de Tomás , se aprovecha del momento en que se halla reunido con los otros Discipulos : al cabo de ocho dias estando todos juntos , y Tomás con ellos , vino Jesus cerradas las puertas , y se puso en medio , y dixo : paz á vosotros. ¿Es posible que sean estos siempre sus deseos? ¿Pero qué otra cosa podía querer aquel que ha venido á ser nuestro modelo? Quando los Christianos se juntan , ¿no debian desearse y procurarse recíprocamente la paz? Pero la paz no puede reynar sino donde reyna la caridad. La caridad es inseparable de la fé , y todo lo que ataca esta virtud , la primera entre todas , debilita por necesidad el amor de Dios.

Así Jesu-Christo se apresura á curar á su Apóstol de la infidelidad , y aunque ántes se habia contentado con mostrar á los demas el costado y las manos : usa con Tomás de particular atencion , y le satisface sus deseos , y afirma su creencia , diciéndole : mete aquí tu dedo , y mira mis manos , y da acá tu mano , métela en mi costado : y no seas incrédulo , sino fiel.

¿Qué conducta tan afectuosa y tan tierna la de Jesu-Christo , hermanos míos , pero qué instructiva la de Tomás! Su corazon en esta nueva alianza con su Maestro se penetra de dolor , de confusion y de amor. Esta sin duda era la ocasion de manifestar á su Maestro el exceso de su imprudencia , y la enormidad de su duda ; pero el verdadero dolor no se explica con palabras , y así solo dice : Señor mio , y Dios mio : un simple acto de fé , de amor , y de reconocimiento basta para que se asegure del arrepentimiento y del amor de su Apóstol , aquel que sondea y penetra el interior de los corazones. Dios , hermanos míos , que tolera el pecado sin autorizarle , y permitirle , saca de él muchas veces su gloria , y muchas

la salvacion del pecador. San Ambrosio llama culpa feliz la caida del primer hombre ; porque nos ha procurado un Redentor. San Agustin nos hace notar que la infidelidad de Tomás nos habla de la resurreccion de una manera mucho mas sensible y enérgica que el testimonio de todos los demas Apóstoles , porque nós presenta una prueba incontestable de ella. Hermanos míos , temamos al pecado ; pero amemos tambien con mas ardor á aquel Señor que quiere sacar de nuestras mismas heridas el remedio para curarlas.

Jesu-Christo reprehende, como habeis visto , la incredulidad de Tomás ; pero entremos dentro de nuestro corazon , y verémos que somos nosotros mas acreedores á esta reprehension, porque muchas veces no creemos sino lo que vemos, y carecemos por consecuencia de todo el mérito , y de los frutos de la fé. Bienaventurados los que no viéron y creyéron , los que con pronta docilidad, con sumision perfecta , y con verdadera humildad creen las verdades reveladas , y no racionan sobre ellas. Reservo para otra ocasion , hermanos míos , explicar las últimas palabras de

nuestro Evangelio ; pero entre tanto deseo la paz á todos los que se alimentan de las verdades de la salvacion. Sí, hermanos míos , os la deseo con todo mi corazon ; pero no la paz del mundo, sino aquella que viene de Jesu-Christo , aquella que comunica el Espíritu Santo , porque solo á él le pertenece el anunciarla y procurarla. Todos los que en estas santas Pascuas se han unido á Jesu-Christo por el medio de una verdadera penitencia , todos los que han comido dignamente su cuerpo , deben estar seguros de esta paz ; pero si entre vosotros hay algunos que hagan profesion de detestarla ; si hay hombres duros é inflexibles en quienes todavía reynen los desórdenes del pecado ó la ira , y los resentimientos , sepan que deseamos inspirarles el amor de la paz : sepan que ella consiste en él testimonio de una conciencia irreprehensible, y de un corazon donde reyne la caridad.

Señor Jesus, pronunciad sobre nosotros las palabras de esta paz , y haced que gustemos de sus dulzuras : derramad el amor y los principios de ella en los corazones del Pastor y del rebaño.